

CAPITULO V

Ley del 22 Pradeal (10 de Junio 94.) Fracaso de Robespierre.

Robespierre conducido fatalmente á la dictadura judicial.—La sedición en el Oeste y el Mediodía.—Ley del 22 Pradeal.—Irritación del Comité de Salud pública.—Resistencia de la consecución.

La verdadera situación de Robespierre muéstrase claramente en lo que llevamos dicho de la fiesta.

Robespierre se amparó en el tribunal revolucionario. Este, realmente constituía el solo poder. Representaba el Terror, de que era víctima el mismo gobierno, la Asamblea, el pueblo.

La autoridad moral, Robespierre, el censor, el depurador, el Mesías, era realmente el siervo del Terror y sin embargo parecía el amo. El horror del papel que representaba, estallaba con más fuerza.

Causó verdadera desolación cuando después de la fiesta del Ser Supremo, que se esperaban actos de clemencia se ordenó que las ejecuciones se practicaran lejos de los distritos centrales, en el arrabal de San Antonio. Todo cambio de este género era un agravante. La guillotina después de haber llenado el cementerio de Monceaux parecía querer devorar con más avidez funcionando lejos de las gentes de los barrios extremos.

Fueran los que fuesen los sentimientos de Robespierre, estos ensayos de moderación, pensando en el porvenir, una terrible fatalidad llevábale á la dictadura judicial.

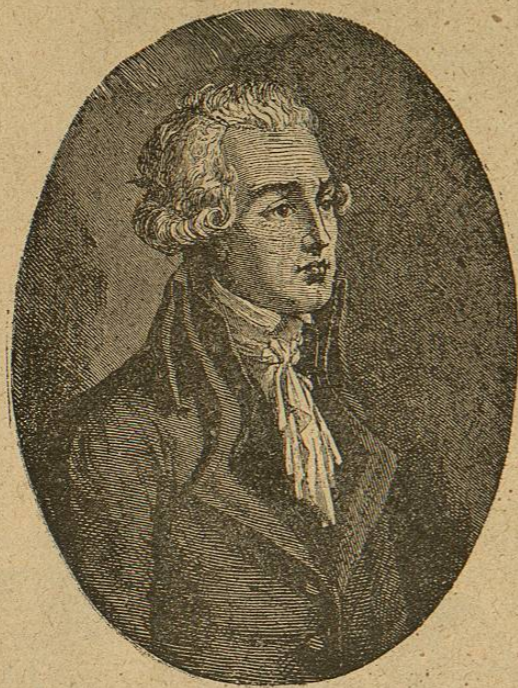
Sin embargo, Robespierre sentía en sí otra cosa. Su papel, aun tan eminente, esta realeza negativa no contenía la aspiración ni los latidos de su corazón. Poco piadoso, no había nacido cruel tampoco. Era hijo del siglo XVIII, del gran siglo de la humanidad. La elevada idealidad, el amor al bien, que él había recibido, no podía ejercerlos más que abandonando su cargo de implacable acusador.



Abauderago de la 32.^a media brigada. (Litografía de Raffet).

Allí estaba su fuerza y quizás en un momento la salud de la Revolución. De esto parten sus movimientos contradictorios. Obedeciendo á estos sentimientos fué tímidamente humano algunas veces. Pero todo camino pacífico se le cerró para el porvenir. Fué lanzado violentamente al poder político, que no era entonces más que el de la guillotina.

Allá donde volvía la cabeza la ferocidad del destino colocaba en su poder el fatal cuchillo.



ROBESPIERRE, el joven.

«¿Dictador? Sí, lo serás, pero dictador del patíbulo.»

«¿Pontífice? Sí, lo serás, pero de la guillotina.»

La sangrienta ley de Pradeal, promulgada el 10, respondiendo á las injurias del día 8, no fué como han dicho algunos un acto circunstancial. Era también un incidente, necesario é inevitable de su marcha, de su destino.

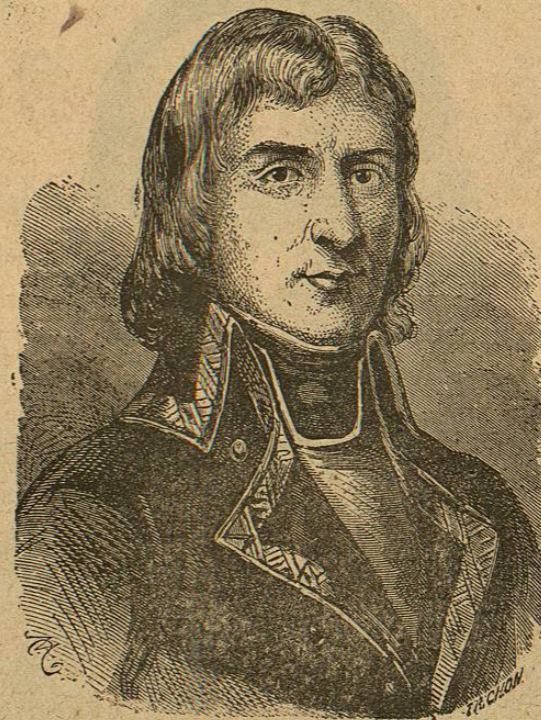
Sigamos el orden de los hechos.

Cuando Saint-Just, el 31 de Marzo pidió la muerte de Danton, dijo sencillamente á la Asamblea que era ya el último sacrificio y que después todo quecharía tranquilo. Toda la Francia lo creyó y más cuando el 15 de Abril, Saint-Just hizo que se nombraran comisiones para purgar las cárceles. Couthon obtuvo después un decreto por medio del

cual se suprimirían los tribunales revolucionarios departamentales y que la justicia se concentraría en París.

Surgió la esperanza refrenada durante tanto tiempo. Se operó una poderosa reacción de indulgencia en los patriotas, de audacia en los realistas, señalándose esta en el Mediodía y en el Oeste.

El resultado del deplorable sistema de exterminación seguido en el invierno en la Vendée arrojaba á los espíritus en caminos contrarios.



CHAMPIONNET

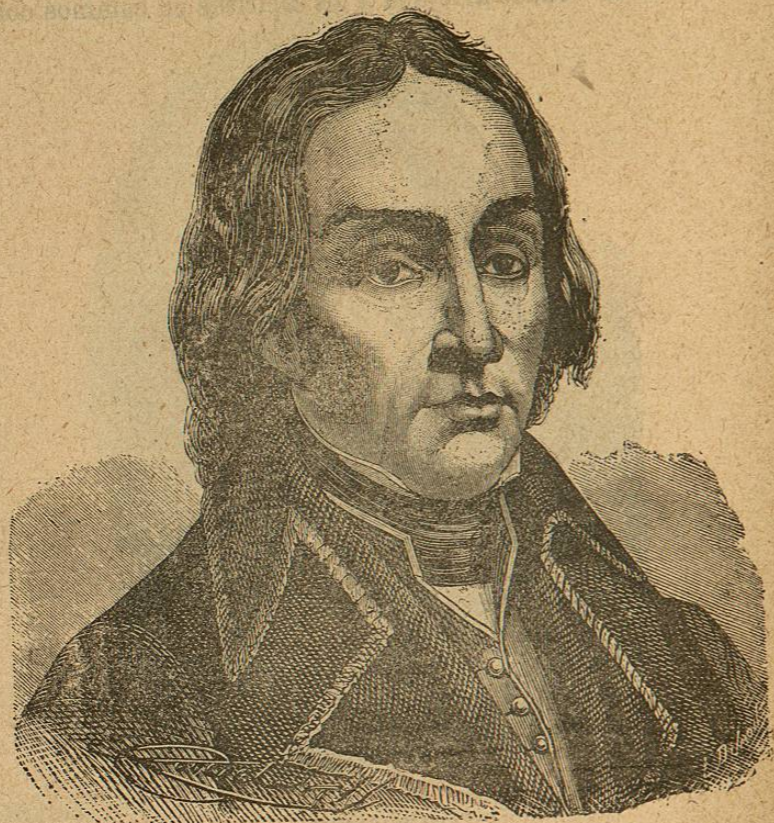
Las reclamaciones de Leguinio, vivamente apagadas por Carnot, decidieron al comité á emplear moderación. En la práctica esta moderación era debilidad y relajamiento. Bó y Bourbotte, sucesores de Carrier en Nantes, hebertistas como él fueron arrastrados en esta reacción. Llegaron en el instante en que ejecutaba, entre los aplausos de las gentes, á Lamberty, el agente de Carrier. Ellos mismos condenaron á muerte á los denunciadores de un oficial que no pudieron aportar pruebas (28 de Mayo).

Pocas semanas después, espantados de los asesinatos nocturnos que cometían los bandidos y los audaces reaccionarios, tuvieron que recurrir á las medidas de Terror.

En el Mediodía los realistas se encargaron de organizar el *Terror*

blanco en Avignon. El centro de sus operaciones era la pequeña población de Bedonin.

Denunciado á un militar terrorista, Suchet, después mariscal, este enteró al comité de Salud pública y ordenó que el pueblecillo fuera quemado. Un representante robespierrista reclamó la creación de un



KELLERMANN

tribunal especial para el Mediodía. Llamábase Maignet y era hombre honradísimo, incapaz de cometer ninguna felonía. El sorprendió á Jourdan y Rovere en sus vergonzosas operaciones. Las bandadas de agiotistas no se podían perseguir más que en el propio lugar de sus operaciones. Esto pidió Maignet, añadiendo que los jueces debían de ser forasteros. Inmediatamente los comités crearon un tribunal revolucionario en Orange.

Esta creación realmente representaba una extralimitación de los poderes de los comités.

La ley permitía conservar el tribunal que creyeran necesario

pero no crear ninguno nuevo y aun menos organizar uno en diversa forma, que era como declararse legisladores.



Robespierre estudiando su discurso.

Nada de instrucción escrita. Nada de jurados. Había de ser el juicio en forma sumarísima.

Tal fué sin embargo, el origen de la ley de Pradeal, en vigor en la Provenza desde el 3 de Junio.

Había por lo mismo una diferencia notable. El tribunal de Orange

organizado en un país amenazado por el *Terror blanco* tenía como excusa los grandes peligros, como su misión era transitoria obraba rápidamente, militarmente en cierto modo; con esta rapidez se juzgó á 300 hombres y se libertó á una muchedumbre que hubiera gemido largo tiempo en las cárceles.

Pero la ley de Pradeal pedida para la Francia entera, parece un tribunal central ante el que debían comparecer los acusados de todos los departamentos como para establecer un derecho de proscripción universal.

¿A quién se daba este derecho? A Robespierre. La ley conservaba un jurado suprimido en Orange, pero era un jurado personal compuesto de sus devotos, de sus fanáticos dispuestos á matar sin mirar.

¿Quién propuso esta ley para Robespierre? Robespierre (Couthon que era lo mismo.) Los comités no sabían nada. Saint-Just estaba fuera, de modo que tampoco la ley provenía del triunvirato. No tenía más que la débil garantía de tres firmas.

Esta ley lanzada sin oír la Asamblea en momentos tan terribles para Robespierre tenía una fúnebre significación. Presentada algunos días más tarde hubiera parecido amenazadora para la gracia y no menos para la Convención. ¿Por qué precipitó los hechos Robespierre? Porque aun permanecían enteras las fuerzas políticas, porque se le escapaba el fenómeno espantable del terror. No quería perder un momento por lo mismo para aplicar la ley una vez mas.

La ley de Pradeal no podía ser más tremenda.

Cuando Couthon en voz dulce leyó el decreto aún hubo un hombre, el maratista Ruamps, que dijo: «Si se aprueba me salto la tapa de los sesos.»

Lecointre y Bourdon pidieron su aplazamiento. Robespierre apoyado por Barere, se dirigió á la derecha, al centro y artículo tras artículo se aprobó.

La Asamblea, estupefacta, votó la prórroga de los poderes al comité.

Robespierre, en este asunto, obró regiamente, sin consultar á sus colegas. Bourdon había colocado las cosas en su verdadero lugar: «*La Asamblea sola tiene el derecho de enviar al tribunal á un miembro de la Asamblea.*»

Merlin obtuvo la declaración de la Asamblea de que no abdicaría este derecho. Bourdon, Couthon y Robespierre en la Asamblea y en el comité tuvieron que retroceder al día siguiente. Couthon aseguró que era criminal imputar al comité intenciones tan pérfidas. Y Robespierre se indignó porque en vez de acusar al Comité, ausente, no se le pidieron explicaciones fraternales.

Atacar á Robespierre en estas circunstancias, sin embargo, era una audacia. Muertos sus enemigos, hubiera podido provocar un 31 de Mayo muy fácilmente.

Atacarlo y minar su reputación era peligrosísimo. ¿Como arruinar el edificio que se había elevado durante tantos años? Se sabía lo que les había costado á Danton y Desmoulins. Era necesario matarlo de un golpe si no se era perdido.

La posición de Robespierre, fuerte materialmente, moralmente se había quebrantado. Aparecía como una figura ridícula, que es lo más peligroso en Francia.

Robespierre lloraba porque la Asamblea no quería purificarse ella misma.

Nótese que Robespierre no quería aplicarla el cauterio. Quería que fuese ella misma para poder decir: «Así es la ley: si diezmo á la Asamblea es porque ella lo acordó así.»

Era este un fariseísmo interior, la propia equivocación de su conciencia que parecía encontrar medios para que se respetara la ley exterminándola.

Insoluble fuera para él tanta dificultad. Volvió la espalda á la Convención y á los comités indignado contra estos enfermos que se negaban á la amputación exigida por él para curarse.

